

MOLIÈRE

I

En poesía, en literatura, hay una clase de hombres fuera de línea aún entre los primeros; son muy pocos, cinco ó seis á lo sumo contando desde el principio; su carácter es la universalidad, la humanidad entera en la pintura de las costumbres ó de las pasiones de una época. Génios fáciles, fuertes y fecundos, sus principales rasgos resultan de la combinacion de sus diferentes cualidades. Unen á la ciencia y la riqueza del fondo una verdadera indiferencia en el empleo de medios y un casi desconocimiento de los géneros convencionales; todo cuadro les parece bueno, todo punto de partida les sirve del mismo modo. Su activa fecundidad multiplicase con los obstáculos y llegan frecuentemente á la plenitud del arte sin lentos aparatos y sin artificios. En Grecia, despues de la gran figura de Homero que nos da el genio primitivo de la porcion más bella de la humanidad, nos vemos embarazados para decidir qué otro podemos agregar á la gloriosa familia. Sófocles que parece haber sido tan fecundo, que es tan humano en la expresion armoniosa de los sentimientos y de los dolores, no puede ser apartado ni aún en idea de su griego pedestal; es puramente griego por la perfeccion de los contornos, por su actitud, digámoslo así, sagrada. Los famosos cómicos nos son desconocidos; sólo sabemos el nombre de Menandro, que fué tal vez el más perfecto en la familia de los genios á que nos referimos, porque en Aristófanes, la maravillosa fantasía, tan seductora, tan ateniense, perjudica á la universalidad. En Roma no cuento más que á Plauto, mal apre-



MOLIÈRE

Paris, chez les Éditions

MOLIÈRE

En poesía, en literatura, hay una clase de hombres fuera de línea que casi los podemos contar muy pocos, cinco ó seis á lo sumo contando desde el principio; su carácter es la universalidad, la humanidad entera en la pintura de las costumbres ó de las pasiones de una época. Génios fáciles, fuertes y fecundos, sus principales rasgos resultan de la combinación de sus diferentes cualidades. Vienen á la mente y se acuerda del fondo una vez que se ha puesto en el empleo sus facultades, sus conocimientos, sus talentos convencionales; pero para el momento de la creación les sirve del que se llama inspiración, que los libera de los obstáculos y de los escollos del arte sin lentos aparatos y sin fatigas. En Grecia, después de la gran figura de Homero que nos da el punto primitivo de la poesía más bella de la humanidad, nos vemos embarcados para decidir qué otro podemos agregar á la gloriosa familia. Sófocles que parece haber sido tan fecundo, que es tan humano en la expresión armoniosa de los sentimientos y de los dolores, no puede ser apartado ni aun en idea de su griego pedestal; es puramente griego por la perfección de los contornos, por su actitud, digámoslo así, sagrada. Los famosos cómicos nos son desconocidos; solo sabemos el nombre de Menandro, que fué tal vez el más perfecto en la familia de los genios á que nos referimos, porque en Aristófanes, la maravillosa fantasía, tan seductora, tan ateniense, perjudica á la universalidad. En Roma no cuento más que á Plauto, mal apre-



Ferd. Delannoy sc.

Imp. Ch. Chauvot aux

MOLIÈRE

Garnier frères Éditeurs.

ciado todavía, (1) pintor profundo, director de escena, actor y autor como Shakespeare y Molière, de quienes fué legítimo antepasado. La literatura latina no pudo tener muchos de estos genios libres de que hablamos, porque fué importada, directamente aprendida de los griegos. Los más fecundos de los grandes escritores de esta literatura, Ovidio y Ciceron, son al mismo tiempo los más *literatos*, los más concedores de las musas griegas. Las letras latinas tuvieron el honor de producir los dos más admirables poetas de las literaturas de imitación, estudio y gusto, los dos tipos más correctos y acabados, Horacio y Virgilio. Pero los hombres superiores, los genios que buscamos, debemos pedirlos á los tiempos modernos y al renacimiento: Shakespeare, Cervántes, Rabelais, Molière y dos ó tres posteriores; se les puede caracterizar por sus semejanzas. Estos hombres tienen destinos diversos y difíciles; sufren, combaten, aman. Soldados, cómicos, médicos, cautivos, apénas cuentan con medios de vivir; sufren la miseria, las pasiones y toda suerte de dificultades. Pero el genio se sobrepone, descuella sin resentirse de las estrecheces de la lucha, en círculo de hierro conserva su libertad. De vez en cuando se encuentran en la vida bellezas naturales que brotan en la miseria, hijas del pueblo que parecen instruidas no se sabe dónde, elegantes de la cabeza á los piés, perfectas en su conjunto; del mismo modo los genios, estos genios raros, de grande y peregrina hermosura, triunfan de las condiciones más contrárias y se establecen invenciblemente. No crecen al azar y al impulso de las circunstancias, porque no son únicamente fecundos y fáciles como los genios de segundo orden, los Ovidio, los Dryden, los Prevost. No; sus obras, tan improvisadas, tan multiplicadas como las de los talentos principalmente fáciles, son además combinadas, universales, siempre acabadas y muchas veces sublimes. Pero si son de véras acabadas no lo deben jamás las obras de los genios al cuidado excesivo, á la esmerada corrección de los poetas de la escuela pulida y laboriosa de los Gray, de los Pope, de los Depréaux, de esos poetas que admiro como nadie y cuya corrección escrupulosa es una cualidad indispensable, un verdadero y á veces único encanto, pues tienen al parecer

(1) M. Naudet en sus trabajos sobre Plauto y M. Palin en un excelente curso, tan ático por el pensamiento como por la dicción, colocan en su lugar al gran cómico latino.

por divisa la frase de Vauvenargues: *La correccion es el barniz de los maestros*. En la misma perfeccion, en lo más correcto de los poetas superiores, hay algo de independiente y atrevido, encontrado irregularmente, inesperado, imprevisto; algo que sorprende y admira y desconcierta á los poetas más distinguidos entre los contemporáneos, hasta en los pormenores del oficio. Por eso Boileau, entre tantos motivos de admiracion natural, no podia ménos de preguntarle á Molière *dónde encontraba la rima*.

Los genios en cuestion ocupan un término medio entre la poesía de las épocas primitivas y la de los siglos cultos y civilizados, entre los tiempos homéricos y los alejandrinos; son los representantes de las primeras épocas en el seno de las segundas; representantes inmensos y gloriosos, continuadores individuales de remotas épocas. Estos mortales felices llevan su mano á la tierra de no importa qué campo y recogen abundante mies; despues de ellos, en torno de ellos, los otros sólo espigan. Estos genios abundantes que no son ya viejos divinos ni ciegos fabulosos, leen, comparan, imitan como los demas poetas de su tiempo, lo que no les impide crear como en las edades primitivas; y hasta en sus imitaciones palpita la originalidad. En cada jornada de su vida se suceden las producciones, desiguales sin duda, pero entre las cuales hay obras maestras de inspiracion y arte; se apoderan del arte en su madurez y en su extension, y esto sin razonarlo como hacen en torno de ellos; trabajan noche y dia con admirable ausencia de toda preocupacion y fatuidad literaria. Mueren algunos, como sus predecesores de los antiguos tiempos, sin imprimir sus obras ó sin coleccionarlas, á diferencia de sus contemporáneos los poetas y literatos de gabinete que desde bien temprano se toman este cuidado pretencioso; la negligencia es tan natural en ellos como la fecundidad. Se abandonan al buen sentido general, á las decisiones de la multitud, aún conociendo sus contradicciones tanto como los poetas atildados y desdeñosos del vulgo. En una palabra, me parece que estos grandes hombres se atienen al genio poético de la humanidad del que son la tradicion viviente, la personificacion irrecusable.

Molière es uno de estos ilustres genios. Aunque no cultivara plenamente más que el lado cómico, aunque apenas entrara en el patético que fué para él un rápido accesorio, no cede á nadie entre los más

completos; en su género no tiene igual, habiendo marchado en él en todos sentidos desde la fantasía más libre hasta la observacion más grave; nadie le disputa el primer puesto en las regiones del mundo que escogió, regiones que constituyen la mitad del hombre, la mitad más frecuentemente, más activamente en juego en la sociedad.

Molière es del siglo en que vivió por la pintura de ciertos rasgos; pero es de todos los tiempos, es el hombre de la naturaleza humana. Para tener la cabal medida de su genio, basta ver con qué facilidad se identifica con su siglo ó se desprende de él. Adaptándose, ajustándose severamente al siglo, se destaca y resalta con grandeza. Sus más ilustres contemporáneos, Despréaux, Racine, Bossuet, Pascal, son con más exactitud los hombres de su tiempo, del siglo de Luis XIV, que Molière. Aquellos, aún los de genio más extraordinario, tienen la marca de su tiempo. Molière se proporciona pero no se encierra en el gran siglo.

El siglo anterior, el décimosexto, habia sido en su conjunto una vasta descomposicion de la antigua sociedad religiosa, católica y feudal, habia señalado el advenimiento de la filosofía en los espíritus y de las clases médias en la sociedad. Pero este advenimiento se habia verificado á traves de todos los desórdenes, en medio de la orgía de las inteligencias y de la anarquía material más sangrienta y desastrosa, en Francia especialmente; fué el tiempo de Rabelais y de la Liga. La mision del siglo xvii fué reparar el desorden, reorganizar la sociedad, la religion, la resistencia; así se anunció á partir de Enrique IV, llegando con Luis XIV á coronar su objeto y á la expresion más alta y pomposa de la monarquía. No trataremos de enumerar aquí todo lo que se hizo desde que el siglo empezó, en la Universidad y en la Sorbona, en las congregaciones y en las abadías; se queria á toda costa reconstituir, restablecer, purificar la doctrina. Todo esto se ve, se traduce con evidencia en la literatura. Á la literatura gala, picaresca, irreverente de los Marot, de los Rabelais, de los Regnier, etc.; á la literatura pagana, griega, epicúrea de Ronsard, Baif, Jodelle y otros; á la literatura filosófica y escéptica de Montaigne y de Charron, sucede otra que ofrece caracteres distintos y aún opuestos. Malherbe, libre en el fondo, no tiene de cristiano en sus odas más que la parte externa;

es hombre de forma, de estilo, de talento cáustico, cínico á veces, como lo era Buffon en el intervalo de sus nobles frases; pero el genio de Corneille, del padre de Poliuto y de Paulina, es ya profundamente cristiano. Balzac, talento vano y fastuoso, tiene formas é ideas ortodoxas. La escuela de Port-Royal se funda; Pascal aparece. La detestable escuela poética de Luis XIII, Boisrobert, Menage, Costar, Conrart, d'Assoucy, Saint-Amant, etc., no entra en la via de la reforma; es poco grave, poco moral, á la italiana, como una repetición desabrida de la literatura de los Valois. Pero todo lo que la sustituye reinando Luis XIV entra por grados en la fe y en la regularidad; testigos Despréaux, Racine y Bossuet. El mismo La Fontaine con todas sus fragilidades y su *bonhomie*, siendo un hombre del siglo xvi, tiene accesos de religion cuando escribe la Epístola á Madama la Sablière. En fin, cuanto más se avanza en el siglo de Luis XIV, más revisten carácter religioso la poesía, la cátedra, el teatro, todas las facultades del pensamiento. Este es uno de los rasgos más salientes y característicos de la literatura del siglo xvii. El siglo xvii es un dique entre los dos que separa, entre el xvi y el xviii.

Pero Molière, lo decimos sin hacer elogio ni censura y como prueba de la libertad de su genio, no entra en este punto de vista. Aunque su figura y sus obras aparecen y resaltan eminentemente en el cuadro admirable de su siglo, él se prolonga y se extiende más allá; pertenece á un pensamiento más ámplio, más indiferente, más universal. Discípulo de Gassendi, amigo de Bernier, de Hesnault y de Chapelle, no reniega del siglo xvi filosófico y literario, como hicieron Pascal y Bossuet, Racine y Boileau á su manera, y las tres cuartas partes de su siglo. Molière es de la posteridad continua de Rabelais, de Montaigne, de los autores de la *Sátira Menipea*; no hubiera tenido que esforzarse para entenderse con Lamothe-le-Vayer, Naudé ó el mismo Guy Patin, doctor en medicina y personaje mordaz. Su círculo es naturalmente el círculo de Ninon, ó el de madame La Sablière ántes de su conversión. Recibe en Auteuil á Des Barreaux y á un gran número de jóvenes señores un poco libertinos. Yo no digo que Molière en su pensamiento ó en sus obras fuera decididamente un *esprit-fort*, ni que careciera de un fondo de religion sensata y moderada, no obstante su traducción de Lucrecio y sus libres relaciones. No: Molière, el enemigo de todos los excesos

del espíritu y de todas las ridiculeces, el padre de aquel *Filinto* que hubieran reconocido Lelio, Erasmo y Ático, no podia participar de los alardes cínicos, del libertinaje de los Saint-Amant, de los Boisrobert y de los Des Barreaux. Obraba de buena fé al indignarse contra las malévolas insinuaciones que sus enemigos divulgaban sobre su religion, desde la aparición de la *Escuela de las mujeres*. Lo que quiero sentar y establecer, lo que á Molière caracteriza y distingue entre los genios contemporáneos suyos, es que habitualmente vió la naturaleza humana en sí misma, en su generalidad de todos los tiempos. Es verdad que Boileau y La Bruyère tambien la vieron y la pintaron así; pero en Molière no hay mezcla de *epístola sobre el amor de Dios*, como en Boileau, ni discusión sobre el quietismo, como en La Bruyère (1).

En lo que Molière se aleja más de su siglo es en que separa de la escena todo pensamiento religioso; muestra la humanidad, penetra en ella, sin sacar el Cristo. Es cierto que le era fácil, pues la pintaba en los vicios y por el lado feo; en el género trágico no hubiera eliminado tan cómodamente el cristianismo. Molière fué quien, en la escena del Pobre, hizo decir á Don Juan: « Pasas tu vida rogando á Dios y te mueres de hambre; toma este dinero; yo te lo doy por el amor de la humanidad. » La beneficencia, la filantropía del siglo xviii, la de d'Alembert, de Diderot, de Holbach, se encuentra en estas palabras; tales tempestades produjeron que Molière las retiró.

Era Molière un espíritu invenciblemente filosófico; pero conocia las debilidades de los hombres y no se admiraba de ellas. Contaba con los vicios, y su más ardiente indignación concluía por una carcajada. Consideraba á la triste humanidad como una vieja incurable que era preciso enderezar un poco y aliviarla divirtiéndola.

Hoy que juzgamos las cosas á distancia, nos parece Molière mucho más radicalmente agresivo contra la sociedad de su tiempo que lo que él mismo creyó; este es un escollo que al juzgarle debemos evitar; no fué, no creyó ser tan hostil como ahora nos parece. Entre todos los

(1) La Bruyère ha dicho: « Un hombre que ha nacido cristiano y frances no tiene campo en que moverse en la sátira: los grandes asuntos estándole vedados, apenas si los toca, dirigiéndose al punto á las cosas pequeñas que hermosea con las gracias de su genio y de su estilo. » — No lo ha hecho así Molière, que jamas se sintió cohibido ni ante la Iglesia ni ante la corte de Versalles. No se privó ciertamente de los grandes asuntos.

contemporáneos ilustres de Molière citados más arriba, hay uno, hay uno sólo, que á nadie se le ocurre buscarle semejanzas con el ilustre poeta; y sin embargo Pascal (pues á él nos referimos), puso en cuestion como Molière, más que Molière, los principales fundamentos de aquella sociedad. Pascal fué el audaz que fijó la vista y el pensamiento sin preocupacion en el nacimiento, la calidad, la propiedad; pero no se sirvió de las ruinas causadas por su piqueta, sino para abrazarse convulsivamente á los pilares del templo y á la Cruz. Los dos, Pascal y Molière, nos aparecen hoy como los más formidables testigos de la sociedad en que vivieron: Molière en espacio inmenso, batiendo el campo todo de la antigua sociedad, llegando hasta el recinto religioso, entregando á la risa universal la fatuidad titulada, la hipocresía capciosa, la iniquidad conyugal é hiriendo del mismo golpe la disciplina social, la piedad y el matrimonio; Pascal, encerrado en el corazón de la ortodoxia, haciendo temblar la bóveda del edificio con sus gritos de angustia y por la fuerza con que, nuevo Sanson, se abraza á la sagrada columna. Pero aceptando este paralelo por su novedad y precision, no debe darse á Molière más premeditacion destructiva que á Pascal. ¿Tenía por ventura Plauto una segunda intencion, una intencion sistemática, cuando satirizaba la usura, la prostitucion, la esclavitud, vicios y resortes de la antigua sociedad?

Protegido Molière por Luis XIV, presagiaba ya su ojeada escrutadora el triste fin de aquel reinado y se apresuraba tanto como le era posible á denunciar con el dedo los vicios invasores. Si hubiera vivido lo bastante para llegar al reinado de madama de Maintenon, si hubiera vivido durante el período en que Bossuet privaba, no hubiera sido protegido tan eficazmente y á la postre se viera perseguido. La filosófica indiferencia de Molière, el desden con que veía las restauraciones que intentaban los oráculos religiosos de aquel tiempo, le valieron enemistades y conatos de persecucion. Á su muerte dijo Bossuet que el gran cómico *se habia muerto de risa*, expresion cruel que revela los sentimientos del prelado hácia el insigne cómico. El jansenista Baillet en su *Juicio de los Sabios*, empieza de este modo el artículo sobre Molière: « Monsieur de Molière es uno de los más peligrosos enemigos que el siglo y el mundo hayan lanzado contra la Iglesia de Cristo. » Es verdad que no todos los religiosos fueron tan severos con Molière. El

padre Rapin le celebraba en sus *Reflexiones sobre la Poética* y no le censuraba más que por la negligencia de sus desenlaces. Bouhours le hizo un epitafio en versos franceses agradables y juiciosos.

Por otra parte, Molière obtuvo más tarde de la filosofía altanera con pretensiones de reformista, los mismos anatemas que habia merecido del dominador episcopado. Juan Jacobo no le trata mejor que lo hizo Bossuet.

Consignamos todo esto para decir que, como Shakespeare, como Cervántes, como los tres ó cuatro genios superiores en la sucesion de las edades, Molière pinta en el fondo la naturaleza humana, sin preocupacion de culto determinado, de dogma fijo, de interpretacion formal. Tomando la sociedad de su tiempo, supo representar la vida como es en todas partes la del mayor número; en el seno de costumbres determinadas que presentaba á lo vivo, se ve que escribia para todos los hombres y para todos los tiempos.

II

Juan Bautista Poquelin nació en París el día 15 de Enero de 1622, no bajo los pilares del mercado como se ha creído largo tiempo, sino en una casa de la calle de Saint-Honoré segun el descubrimiento hecho por M. Beffara. Su padre era tapicero y á otra familia de tapiceros pertenecia su madre. El jóven Poquelin, destinado á suceder á su padre en el cargo de tapicero de cámara del rey, apénas sabía á los catorce años leer, escribir, contar y los elementos útiles en su profesion. Su abuelo materno que era aficionado á las comedias llevaba algunas veces al jóven aprendiz al hotel Borgoña donde representaban Belle-rose, Gautier-Garguille, Turlupin y Gros-Guillaume. El jóven Poquelin volvía de las comedias cada vez más triste, más ensimismado, más disgustado con la perspectiva de su profesion. Al día siguiente de una comedia ó farsa trabajaba en la tienda más preocupado, más distraido que ordinariamente. Ante el genio adolescente y soñador se presentaba ya la vida humana como una escena perpétua. Por fin declaró á su pa-

dre que queria salir de la tienda y estudiar, y, apoyado por su abuelo que le mimaba, obtuvo lo que queria. Se le puso en un colegio, en el de Clermont, siguiendo los cursos como externo.

Bastaronle cinco años para acabar sus estudios, comprendiendo en ellos la filosofía. Adquirió además en el colegio relaciones útiles que influyeron en su suerte. El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, no se olvidó nunca de que Poquelin fué uno de sus discípulos. Chappelle también fué compañero de estudios y amigo de Poquelin y le proporcionó el conocimiento y las lecciones de su propio preceptor Gassendi. Á estas lecciones privadas de Gassendi asistían además Bernier, el futuro viajero, y Hesnault, conocido por su invocación á Vé-nus. Dichas lecciones debieron influir en el modo de ver de Poquelin, no tanto por los detalles de la enseñanza como por su espíritu, del que participaron todos los oyentes del filósofo. Es de notar, en efecto, que cuantos salieron de esta escuela fueron independientes y bastante libres : Chappelle, escritor sensual ; Hesnault, poeta que atacaba al poderoso Colbert y traducía con gusto lo que hay de más atrevido en los coros de las tragedias de Séneca ; Bernier, que después de recorrer el mundo volvió sabiendo que el hombre en todas partes, bajo diversos trajes, es el mismo, y quien, preguntándole Luis XIV en qué país la vida le parecía mejor, contestó sin vacilar que *en Suiza*. Notemos, además, que estos cuatro ó cinco hombres eran hijos del pueblo : Chappelle, aunque hijo de un rico magistrado, era hijo bastardo ; Bernier era un niño pobre asociado por caridad á la educación de Chappelle ; Hesnault, hijo de un panadero de París ; Poquelin de un tapicero. El mismo Gassendi, su maestro, no era un caballero como Descartes ha dicho, sino simplemente un hijo de aldeanos. Otro de los compañeros de Molière en las lecciones filosóficas de Gassendi fué el célebre Cyrano de Bergerac, autor de un viaje fantástico á la luna, escritor de mal gusto, militar camorrista y pendenciero que se hizo también sospechoso de impiedad por algunos versos de *Agripina*. Molière tomó más tarde algunas escenas de *El Pedante burlado* de Cyrano, y á este propósito decía que él tomaba lo que le convenía donde lo encontraba. Al obrar así con su antiguo camarada no hizo Molière otra cosa, como observa ingeniosamente Auger, que prolongar la costumbre del colegio : las ganancias del juego las ponen en comun los escolares.

Poquelin al concluir sus estudios debía reemplazar á su padre, demasiado viejo, en el cargo vitalicio de tapicero del rey. Para hacer su noviciado acompañó á Luis XIII en el viaje á Narbona, en 1641, y á la vuelta fué testigo de la ejecución de Cinq-Mars y de De Thou, amarga y sangrienta irrisión de la justicia humana. Parece que en los años que siguieron, en vez de seguir ejerciendo el oficio de su padre, pasó á Orleans donde estudió derecho y se hizo abogado. Pero su afición al teatro era cada vez más decidida y á su regreso á París se puso al frente de una compañía de aficionados convertida en breve en compañía regular de cómicos de profesion. Antes de formar la compañía habia seguido de cerca á los comediantes callejeros y frecuentado los tinglados del Puente Nuevo y otros. El *Ilustre teatro*, que así se llamaba la compañía ambulante de Molière, contaba con los dos hermanos Bejart, con su hermana Magdalena y con Duparc.

Nuestro poeta rompió decididamente con toda su familia desde que se hizo cómico ; dejó el nombre de Poquelin tomando el de Molière ; recorrió con su compañía, primero los barrios de París y luego las provincias. Se dice que en Burdeos hizo representar una tentativa suya del género serio, *La Tebaida*, que fracasó. Más afortunado en las farsas, improvisaba y prodigaba piezas como *El médico errante*, *embrion del médico á palos*, *Los Doctores rivales*, *El Doctor enamorado*, *El Maestro de Escuela* y otras, de muchas de las cuales sólo quedan los títulos. Así iba Molière á la ventura, siendo bien recibido por el duque de Epernon en Burdeos, por el príncipe de Conti donde quiera que se lo encontraba ; en esta vida errante de cómico de la legua representó su primera obra regular, *El Aturdido*, que se estrenó en Lyon en 1653 ; contaba entonces Molière treinta y un años.

Como se ve, Molière empezó por conocer la vida y las pasiones antes de pintarlas. Pero no se crea que en su existencia interior hubo también dos partes sucesivas, como en la de muchos eminentes satíricos y moralistas que tienen una primera parte activa, más ó ménos ferviente, y que cuando su calor se debilita con la edad, los excesos ó los desengaños, acaban por una observación agria y mordaz que vuelve sobre los mismos asuntos para escudriñarlos y burlarse